

LA CIUDAD SIN RACINE

Geney Beltrán Félix

Es una orfandad del intelecto. La idea viene de George Steiner, cosa no rara: ha planteado este ensayista que no hay para nuestra época una currícula literaria básica cuyo conocimiento sea visto como obligatorio para los miembros de la elite o la sociedad en su conjunto. Este código universal habría de consistir en un *syllabus*: una relación de obras y autores canónicos —como lo fueron los clásicos griegos y latinos durante varios siglos—, cuya lectura y estudio habrían de ser exigidos desde la niñez, y sobre cuya importancia no habría de existir la menor duda ni polémica.

Pero contrario a lo que postula Steiner, pienso que ha surgido un nuevo *syllabus*. Hablo de un canon atípico signado por una paradoja: cambiante e indefinido, se trata de la literatura contemporánea.

Como en el pasado, es un *syllabus* restringido a una minoría: ahora, una porción no amplia de la clase media alfabetizada, la consumidora de bienes culturales. Sin embargo, el tácito aplauso de lo contemporáneo (en el que por un Lobo Antunes hay trescientos Coelhos) parece borrar las lecciones de la tradición humanística y volver innecesario o carente de valía social el conocimiento de las grandes obras antiguas. «Los escritores se dividen en aburridos y amenos. Los primeros reciben también el nombre de clásicos», escribió el venezolano José Antonio Ramos Sucre.

No distante de esa idea, vemos un aparato de publicidad puesto en marcha por las empresas editoriales más fuertes para legitimar, ante los ojos de quien tiene un pobre conocimiento literario, casi exclusivamente la novela contemporánea. Este canon mutable se sustenta en el olvido de sí mismo, quiero decir, en la producción

permanente de *best-sellers* que desplazan a los anteriores, y en la ignorancia de la tradición y de otros géneros. «Clásico no es un libro... que necesariamente posee tales o cuales méritos; es un libro que las generaciones de los hombres, urgidas por diversas razones, leen con previo fervor y con una misteriosa lealtad», escribió Jorge Luis Borges en un breve ensayo de *Otras inquisiciones*. Hoy ese fervor y esa lealtad parecen no dirigirse a Katherine Mansfield ni a Ovidio, no a Garcilaso ni a Longino, sino al escritor que se distingue no por publicar obras renovadoras y complejas sino por ganar premios con novelas de temas coyunturales: léase, así, la literatura contemporánea no por ser literatura sino por ser contemporánea.

Sé que esta visión apocalíptica del mercado editorial no es exclusiva de nuestra época y que, de igual modo, muchos grandes autores han sido también muy buenos y merecidos mercaderes de su obra, de Shakespeare a García Márquez, de Lope de Vega a Dickens, pero la circunstancia doble que acuso —el desdén hacia los clásicos y la curiosidad automática por las «novedades»— es, y permítaseme la expresión parcial del disgusto, un fenómeno de consecuencias perniciosas.

Pues, como resultado, en las librerías y bibliotecas de Culiacán, donde nací, no hay un solo libro en francés de Jean Racine, el gran dramaturgo del XVII.

Lo cual es, como bien sabemos, contraproducente.

Si hace dos siglos Napoleón podía intentar con bastante seso una explicación crítica del «Soyons amis, Cinna», de Augusto en la escena final de la tragedia de Corneille, hoy y desde hace décadas ni el dinero, ni el poder, ni la fama exigen una aproximación a los grandes libros. Ante las estrellas de la música popular y los deportes, frente a los

líderes políticos y su propaganda mentirosa, las humanidades se hallan muy lejos del contacto fructífero con la comunidad.

Como tal, el conocimiento literario carece de prestigio y se ha vuelto una parcela señalada sólo para los especialistas. ¿Por qué insistir, entonces, en la pertinencia de acercar los grandes clásicos a una masa multitudinaria de lectores? ¿No es irreal esto de creer que lo que por milenios ha sido reservado al conocimiento de una elite pueda ser ahora de interés para las mayorías?

Como revelarían los textos paradigmáticos de Eliot, Sainte-Beuve, Italo Calvino, Bloom o Coetzee en torno de la lectura de los clásicos, se trata de una cuestión de supervivencia de los valores culturales que han significado una fuente de reflexión, conocimiento, imaginación y criterio para los seres humanos; en síntesis, de la idea misma de humanidad.

Pero habría, por supuesto, que explicarlo, dar el porqué. Dicho así, suena heroico, ampuloso, y por lo mismo parece un hueco lugar común, sospechosamente correcto. ¿En qué área de las relaciones sociales es perceptible el beneficio del conocimiento de la gran literatura? ¿Cómo explicar la violencia, la agresión contra los derechos humanos y la corrupción en países cuyas escuelas transmiten nociones elementales de los libros mayores de la historia?

Partamos de un hecho: la tradición humanística ha dado forma a nuestra concepción del mundo, y una de las premisas de esta herencia es la crítica. Alejo Carpentier escribió: «Los autores clásicos son los pilares inamovibles de toda cultura por cuanto fueron moldeando el pensamiento humano a través de los siglos, dándonos los elementos de toda técnica artística, de todo estilo —con el caudal de ideas, de mitos, de imágenes, de conceptos, que actúan constantemente sobre nuestra sensibilidad y nuestra conciencia». Postular entonces que la

lectura de textos literarios es *sólo* un placer, y que como placer no hay lógica en que sea instigado obligatoriamente en un aula, significa decir apenas la mitad de la verdad y no hacer justicia al libro, una de las armas culturales más poderosas de la historia que, si bien no sólo por sí mismo, ha transformado a numerosas sociedades.

No es sensato —creo— quedarnos en loas únicamente hedonistas sobre la lectura como un vicio. Hay mucho más. Es cierto que la lectura concernida de un buen libro, clásico o contemporáneo, no corrige los defectos de temperamento ni hace superior moralmente a nadie —pues contra la genética, los astros o la crianza ni el psicoanálisis puede hacer gran cosa—, pero ese ejercicio concentrado sí amplía de forma cualitativa el criterio, el conocimiento y la imaginación. En cuanto forma parte de, y actúa en un grupo humano, este mismo lector podría llevar al entorno comunitario su capacidad de razonamiento y su sensibilidad, y estas ventajas —aunque no siempre— serían beneficiosas no sólo en la esfera de la conducta cotidiana sino, también, dando origen, exigiendo o apoyando ideas, programas, instituciones y leyes creadas, sí, por individuos, pero dedicadas a salvaguardar los derechos primarios de la humanidad por encima de los intereses de particulares y corporaciones.

Estaría de más, me temo, insistir en el panorama, pero lo hago. Es esto: un grave problema radica en el hecho de que los temarios de las escuelas contemplan la transmisión de datos concernientes a la literatura, no las herramientas cognoscitivas que permitan su aprehensión crítica y su disfrute intelectual. Datos, sólo datos: fechas, nombres y títulos, corrientes y rasgos sumarios.

Información, por supuesto, insuficiente, porque la apreciación del arte es un placer que se aprende. Leer la *Antígona* de Sófocles requiere un entrenamiento que facilite la percepción de su belleza y

su problemática moral. Entonces, decir —como lo ha hecho Guillermo Sheridan en un ensayo publicado en *Letras Libres* en mayo de 2007— que «no se debe olvidar que las campañas en favor de la lectura, las partidas presupuestales, los sermones y coqueteos para conseguir que un analfabeta funcional por fin supere el terror que le produce un libro —no digamos una librería— suelen culminar en la mayoría de los casos en un momento muy deprimente: la temblorosa adquisición de una novela de Danielle Steel», deja de lado un hecho que, a mi parecer, debe ser considerado: que la lectura es un placer cuya apreciación es culturalmente transmitida; es decir, que el goce de los libros mayores requiere no sermones ni coqueteos sino un adiestramiento técnico ahora, se supone, restringido a la minoría que estudia la carrera de letras en la universidad. Y no se trata de que todos lean: creeríamos que un libro de Danielle Steel o de la saga de *Harry Potter* es mejor que ninguno pues podría ser el primer escalón rumbo al *Quijote* y *Anna Karenina*, pero en el fondo se trata de que todos tengan la oportunidad de un preparado acercamiento a las obras literarias, así como tendría que ser también el caso de las ciencias naturales y las matemáticas. No todos leerán libros humanísticos —así como no todos tendrán intereses científicos a lo largo de su vida—, pero quienes traigan en los genes una inclinación u otra no la verán perennemente contrariada, como hoy sucede. ¿Esto es demasiado utópico?

Si bien cada autor debe responder en primer término a su temperamento y habrá de escribir para un lector ideal que, como dejó dicho Salvador Elizondo en una prosa de *Estanquillo*, corresponde a un perfil idéntico al de sí mismo, en nuestra época de democracia semialfabetizada esta discusión no sería del todo impertinente: ¿para quién se escribe? ¿No es aterrador que el diálogo intelectual fuera

del círculo literario sea casi nulo? ¿Qué lugar tiene la literatura en una sociedad donde la cultura es entretenimiento, el conocimiento es información y lo visual, como avizoraba Walter J. Ong en *Oralidad y escritura*, ha desplazado a lo escrito? ¿La literatura va a quedar relegada sólo al cubículo universitario del doctor en letras? Ese diálogo endogámico no habrá, me temo, de conducir a nada, si no es al autismo intelectual y la redacción de una literatura muerta e insensible. ¿Que ya en otras épocas así han sido las cosas? ¿Que sor Juana escribía sonetos para la corte sin andar buscando el aplauso del vulgo? Pues, bueno: hablamos de otras épocas.

No habrá de olvidarse que en nuestros días la democracia es el sistema político por excelencia, una prestación histórica (por hoy) definitiva; pero si observamos que la gran mayoría de los votantes son manipulables y tan limitados intelectualmente como Homero Simpson (quien sólo como personaje de caricatura es encantador), no es ingenuo ver aquí, en este método para la toma de decisiones políticas, un peligro posible para las minorías, el medio ambiente y en general la idea de la justicia, como lo ha señalado Michael Mann en su estremecedor libro *The Dark Side of Democracy*. El estado neoliberal, entonces, así como busca proveer de una formación técnica a sus clases medias y bajas, de tal modo que pronta y fácilmente sean reclutadas y explotadas por las compañías trasnacionales, debería procurar también un acercamiento sensible a la educación intelectual humanista, para facultar a sus futuros ciudadanos el responder con mayores elementos críticos a sus responsabilidades en la *polis*. Debería. Pero la educación es una expresión política deliberada del estado. Y la actual —desastrosa y elementalísima— conviene exactamente a sus intereses.

Una y otra vez lo hemos escuchado: los libros no cambian ni cambiarán jamás el mundo. Más aún: las humanidades no pueden

presumir de inocentes. Los libros pueden —sí— incluso ser cómplices del horror y la barbarie; los artistas y pensadores, a la manera de Heidegger y Céline, han callado y aplaudido ante las rojas manos del genocida.

Pero oponerse a ese tipo de atrocidades es la misma posibilidad de la cultura crítica. Sólo una comunidad que cuente con un diálogo intelectual vivo tendría la confianza de acusar a tiempo los avances y efectos de lo inhumano en esa misma esfera letrada y en el resto de la sociedad. Como bien lo ha estudiado Steiner, lo inhumano se alojó en Alemania, el corazón de la cultura filosófica europea; pero lo mismo inhumano aniquiló poblaciones eslavas enteras durante el estalinismo y ha destruido a las naciones africanas, latinoamericanas y asiáticas —Ruanda, Argentina, Camboya; Sudán, Guatemala, Irak; Uganda, Colombia, Turquía...— a través de guerras civiles, dictaduras, genocidios y persecuciones contra la humanidad y la inteligencia. Y si tales atrocidades están menos documentadas y no hay películas hollywoodenses sobre ellas como sí las hay sobre el Holocausto, en no poco se debe —además de a intereses comerciales y de exaltación nacionalista yanqui— a que la misma cultura de occidente ha sido un crítico vigilante contra la herencia nazi.

Los libros, armas de dos filos, pueden propagar la violencia y también su antídoto: la razón y la sensibilidad. Pero donde no hay libros, sólo quedan la violencia y la barbarie. Después de la Segunda Guerra Mundial, en 1947, E.A. Westphalen escribió: «En la historia del hombre, las obras de arte son como los hitos que va dejando para reconocerse, y para poderse guiar por el tumulto de lo desconocido». Suena cursi pero no por eso ha de ser falso. Los libros sí cambian a las comunidades a través de sus individuos, y su estudio y conocimiento, obligación educadora del estado, es un resguardo contra la siempre

inminente barbarie.

La idea de George Steiner sobre la ausencia de un *syllabus* para nuestra época —leída primero en las páginas de *Sobre la dificultad y otros ensayos*— fue reveladora. Empecé a ver mi propia vida, y sé bien que esta circunstancia a muy escasos lectores habrá de interesar, bajo otro signo.

Es la bastardía intelectual. Crecí en un pueblo pequeño de la sierra de Tamazula, Durango, en los límites con Sinaloa. Era el cuarto de seis hijos, en casa no había libros ni más lecturas que las historietas o los semanarios políticos o de nota roja: *Kalimán, Orión, El Águila Solitaria, Impacto, Alarma!, Siempre!* Yo tenía nueve años cuando mi familia se mudó a Culiacán y nos establecimos en una casa grande y vieja del centro de la ciudad, en el ruidoso bulevar Madero. Ahí, con el paso caluroso del tiempo, ya en la adolescencia me hice lector de libros. En la prepa, una profesora de literatura, Beatriz Téllez, nos dejó leer *Los hijos del capitán Grant*, de Verne. Fue un deslumbramiento. Yo tenía catorce años entonces. Y así, a Verne siguieron Salgari, London, Dumas padre. Luego, García Márquez y el río de *Cien años de soledad* y, por recomendación de mi gran amigo José Luis, *Crimen y castigo* de Dostoievsky. Decidí entonces, ante el asombro comprensible de la familia, convertirme en escritor.

Pero surgió el acomplexado diagnóstico de la bastardía intelectual. Al leer en algún libro la historia del Borges que leía el *Quijote* a los cinco años, al conocer de Nabokov o Yourcenar con su niñez culta y políglota, vi a Culiacán como la periferia de la periferia, y me puse desesperadamente a buscar más libros y a aprender idiomas. Era un motivo de vergüenza haber pasado mi infancia sin leer nada. ¿Dónde había estado escondido todo ese mundo de las letras vivas en el mudo

papel? Así fue cómo, en algún momento, me planteé el deseo snob e ingenuo de leer a Racine. En francés. ¿Por qué? Otros clásicos los leía en las traducciones de la editorial Porrúa o la Colección Austral, sin ningún prurito ni quejumbre. Pero: Racine en francés: la lengua clásica, transparente y heroica. El último de los clásicos. La gran poesía es intraducible por mandato. No habría de ser difícil: lenguas hermanas — me decía—, el latín como abuelo, aprendo un tanto de gramática, visito cada tercer palabra el diccionario. Etcétera.

Ahora sonrío. ¡Buscar un tomo francés de Racine! Y no, no lo encontré en ningún lado. Lo mismo habría de pasar con otros autores y títulos, traducidos y ya no digamos en su lengua original: de Conrad a De Quincey a Coleridge a Paul Celan... A lo que iba: no hubo manera de que un lector adolescente encontrara un libro de Racine en su ciudad de origen.

Comparado con tragedias mayores, ésta es una minucia. Pero habla de una época desprovista de esa exigencia de educación humanista, de ese *syllabus* ilustrado. Habla además de una ciudad sin razón, que no respeta ni valora la inteligencia y la vida del espíritu, encerrada en sus orgullosos referentes regionales de cultura popular y en valores excluyente y fascistamente empresariales, con escasos y despoblados lugares para la reflexión literaria y el disfrute de las artes, desdeñosa de lo universal y nulamente preocupada por la formación humanista de sus nuevas generaciones. De eso habla una ciudad sin Racine. La bastardía intelectual vendría como consecuencia.

Quince años después, ahora que vivo en la Ciudad de México donde he venido haciéndome, mal que bien, una breve casa para la reflexión y la escritura —y la lectura, por cierto, de Racine, dueño de los más prístinos alejandrinos de la lengua francesa—, cada que viajo a Culiacán en vacaciones encuentro que sigue sin haber libros franceses

del gran dramaturgo. Hay en sus librerías, sí, ediciones de los clásicos pero en traducciones descuidadas y muy poco confiables —nada de Gredos ni Siruela ni Castalia ni la UNAM ni Acantilado— y, a montones, los *best-sellers*: tomitos de autoayuda, herramientas de negocios, recuentos de nuestra escandalosa política arrabalera, noveluchas edulcoradas de autores premiados que hoy son leídos con fervor y lealtad pero que al paso de los años serán desconocidos totalmente. El nuevo *syllabus*.

Y, en las calles, afuera de las muy pocas librerías y bibliotecas, es de verse el día a día de una sociedad fracturada por el deterioro de su vida cívica, por la corrupción y la violencia ya natural del tráfico de drogas, una comunidad insensible y discriminatoria en sus palabras y en sus hechos contra mujeres, homosexuales, niños, discapacitados, morenos y no católicos, indiferente ante la nula vigencia de los valores humanos y las leyes. Sin libros. Ya inmersa en una barbarie cotidiana. Eso me encuentro en sus calles. Eso, peor aún, encontré en Etiopía Ryszard Kapuściński, como recuenta en *Ébano*: “En Addis-Abeba me traslado a la universidad. Es la única en todo el país. Me asomo a la librería universitaria. Es la única en todo el país. Estantes vacíos. No hay nada: ni libros ni revistas. Nada. Tal situación se presenta en la mayoría de los países africanos”.

Sale muy caro —concluyo entonces—, sale muy caro para una ciudad no tener libros de Racine en sus bibliotecas.

2008

Texto perteneciente al libro *El sueño no es un refugio sino un arma* (México, unam/Dirección de Literatura, 2009).